



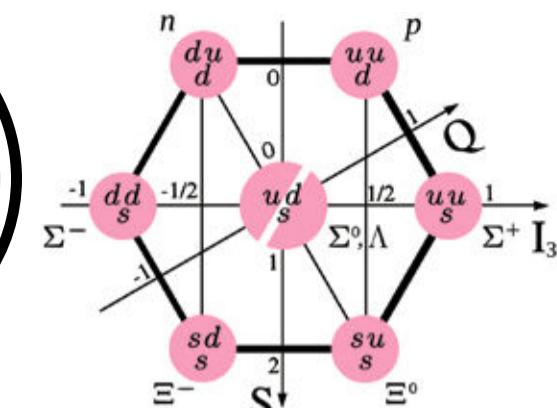
HISTORIAS INCREÍBLES

DAVID MATEO CANO

En mi profesión es importante estar actualizado para no quedar obsoleto. La física de partículas es un campo en el que las novedades están a la orden del día y conviene estar al corriente de todas ellas, por ese motivo mi empresa me facilitó un pase para asistir a una ponencia sobre la materia. En concreto se hablaría de los últimos avances descubiertos sobre quarks, así como sus interacciones: estas partículas elementales englobadas dentro del grupo de los fermiones dan masa a toda la materia que conocemos.

La charla era en la Residencia de Estudiantes del CSIC, y allí acudí a la hora indicada. Sin grandes preámbulos comenzó el ponente a hablar sobre el asunto; me cautivó desde el primer momento por la forma de tratar unos temas tan complejos: su conocimiento era muy amplio pero además contaba con la virtud de ser un gran divulgador. Al terminar la exposición y los turnos de preguntas correspondientes, me acerqué a él para felicitarle por la conferencia y de paso le inquirí sobre un par de cuestiones que nos traían de cabeza en el laboratorio. Me dio una serie de explicaciones al respecto que con el tiempo y una serie de ajustes conseguimos que funcionaran.

Apunté su nombre para intentar recabar más información sobre él. Conseguí adivinar los estudios y la formación que tenía, la cual era tremadamente amplia, sin embargo lo que no pude saber era dónde trabajaba. Hasta cierto punto el tema me obsesionó tanto que busqué nuevas ponencias,



EL PONENTE

ya no solo intrigado por su sabiduría sino también por su persona. En año y medio conseguí ir a cuatro ponencias más; estaba claro que no se prodigaba mucho, sin embargo cada conferencia era distinta de la anterior. Mi forma de actuar era siempre la misma: escuchaba embelesado, aprendía, disfrutaba y le exponía mis dudas al final de cada conferencia, respondiéndome él con una gran claridad.

En una de las conferencias a las que asistí, debido a que había cogido ya con él cierta confianza, le propuse tomar una cerveza para seguir platicando sobre el tema; para mi sorpresa, aceptó. He de decir que esa primera cita fue absolutamente edificante: estuvimos durante horas enteras hablando sobre física, a ambos nos apasionaba. Le pedí el teléfono para repetir la experiencia; me lo facilitó, pero me indicó que no solía salir de casa a consumir ya que apenas tenía dinero. La cosa me sorprendió, pero no me desanimé y en otras ocasiones que quedamos a petición mía siempre le indicaba de antemano que yo costearía los gastos de la salida, y así fue y lo hice con sumo placer puesto que aprendía y disfrutaba frente a aquella eminencia de la física.

Solemos hablar e intercambiamos mensajes con relativa periodicidad, todos ellos relacionados con la física. Las veces que nos hemos visto después de acudir a su casa han sido después de una conferencia suya. Al terminar ésta siempre le invito a cenar y le acerco a su chabola. La duda que tengo es si la física de partículas ha absorbido su cerebro hasta el punto de vaciarlo del resto de cosas o bien ha tapado las grietas que había en su mente y que sin duda de desarrollarse en el futuro le conducirían a la locura.

Un día fui a su casa, ya que él estaba realizando un

HISTORIAS INCREÍBLES es una sección literaria: los textos publicados en ella son pura ficción, y por lo tanto cualquier posible parecido con la realidad es mera coincidencia.

estudio sobre los bosones de gauge y quería mi opinión al respecto. Asistí escopetado a su requerimiento sin pensármelo dos veces. Vivía a las afueras de Mejorada del Campo; me costó mucho encontrarme con él, ya que el lugar de referencia que me dio estaba ubicado en un polígono industrial sin definir sus calles. Llegué a una pequeña casa de piedra semiderruida, incrédulo aparcé y me metí dentro. Allí existía una única habitación; en aquel lugar tan lúgubre vivía mi amigo en la más absoluta indigencia, la única renta de que disponía venía del Ingreso Mínimo Vital, un subsidio no contributivo de 400 euros al mes que le daba el Estado. Le propuse entrar a trabajar en mi empresa para mejorar su situación, pero lo rehusó como según me dijo había rehusado otras ofertas, ya que aquello le distraería de sus estudios.

Solemos hablar e intercambiamos mensajes con relativa periodicidad, todos ellos relacionados con la física. Las veces que nos hemos visto después de acudir a su casa han sido después de una conferencia suya. Al terminar ésta siempre le invito a cenar y le acerco a su chabola. La duda que tengo es si la física de partículas ha absorbido su cerebro hasta el punto de vaciarlo del resto de cosas o bien ha tapado las grietas que había en su mente y que sin duda de desarrollarse en el futuro le conducirían a la locura.

HISTORIAS INCREÍBLES es una sección literaria: los textos publicados en ella son pura ficción, y por lo tanto cualquier posible parecido con la realidad es mera coincidencia.



DE LA VIDA DE LAS MARIONETAS
► por IVÁN CERDÁN BERMÚDEZ

Aquella Navidad en la que guardé otro proyecto en el cajón

Diciembre llega siempre con la furia navideña. Desde finales de noviembre la nostalgia despierta y empieza a recorrer todas esas Navidades que no son una, sino muchas. Los recuerdos se agolpan, y alguna sonrisa —envuelta en un poco de llanto— aparece al evocar a quien ya no está.

Ahora que acabo de impartir un curso sobre Shakespeare, me ha vuelto a la memoria aquella Navidad en la que fui con mi padre al desaparecido Cine Imperial, en la Gran Vía de mi infancia —la misma, aunque disfrazada de otra cosa— para ver el *Hamlet* de Zeffirelli. Salí maravillado con mis quince años, incapaz de

hablar de otra cosa que del impacto emocional de la película, como ya me había ocurrido con la lectura del texto. El día 31 regresé a verla con mi tío; llegamos justos para la cena y las uvas. Aún recuerdo la mirada de mi tío Paco: siempre sabía, siempre certa.

Muchos años después surgió la posibilidad de realizar una pequeña serie para una cadena local —ni merece la pena mencionarla— que adaptara varios relatos navideños y un texto original mío. El proyecto era asumible: los derechos de los cuentos se resolvieron con facilidad, algunos incluso cedidos de forma altruista, y planteamos una aproximación a la Navidad villaverdiana a partir de O. Henry, Capote y un tercer episodio propio. Iban a emitirse en Nochebuena, Fin de Año y Reyes.

El primer capítulo adaptaba *El regalo de los Reyes Magos*, de O. Henry, situado en el Villaverde de 1947. Águeda y Ramón, el visitador

'Este año volveremos a buscar la Navidad. ¿Cuál? La que siempre está'

de Renfe, jóvenes y con poco dinero, esperaban a su primer hijo. Querían hacerse un regalo mutuo por Navidad. Ella vendía su melena para comprarle una cadena de plata para su reloj que había sido el regalo de su padre antes de morir. Él vendía su reloj para comprarle unos peines especiales para su delicado cabello. Al intercambiar los regalos, descubrían, como en el original, que ninguno podía usar lo recibido.

El segundo episodio tomaba como base *Un recuerdo navideño*, de Capote, trasladado a Villaverde Bajo. Un niño y su anciana tía —aislada del resto de la familia— preparaban cada diciembre unos pasteles de frutas que luego repartían por el barrio. Él hacía la compra en el mercado; ella convertía la cocina en un pequeño ritual. Tras el reparto, el niño convence a la tía de cenar en Nochebuena con ellos. Al llegar a la casa surge la revelación: esa tía, tan amable en Navidad, había sido la responsable de la muerte del hermano que él nunca conoció.

El tercer capítulo era una historia mía: *¡Ya es Navidad!* Un hombre convencido de que todos los días son Navidad —la de 1983— vivía en un bucle emocional: decoraba la casa, preparaba regalos, escuchaba villancicos, veía la cabalgata, repetía cada gesto con la esperanza de recuperar algo perdido. Al principio parecía una excentricidad inofensiva; pronto se mostraba como una forma de resistir a la soledad y al paso del tiempo.

¿Y qué ocurrió? Nada. El proyecto no salió adelante. Una incidencia final, un misterio más. Ni siquiera pagaron lo ya acordado por los textos. Otro más al cajón. Recuerdo, eso sí, la banda sonora que escogí: villancicos clásicos, cada uno con un eco propio. Siempre he procurado filmar la Navidad, pero creo que no he conseguido jamás aquella que me hubiese gustado evocar. Este año volveremos a buscar la Navidad. ¿Cuál? Quizá aquella: la que siempre está, aunque a veces no sepamos encontrarla.



la vis cómica

